

Érase una vez —y mentira no es—, que un rey y una reina solo traían al mundo hijos varones. Primero uno, luego otro, luego otro... Los monarcas anhelaban una hija, pero sobre todo el rey se había encaprichado con aquella idea. Y así fue como, buscando una niña, se juntaron con siete muchachos. Por fin un día, la reina, mientras estaba bordando, se pinchó un dedo con una aguja y brotó una gota de sangre que cayó en la blanca tela. Se quedó mirándola y dijo:

—Ahora es cuando vamos a tener una niña. Será blanca como la nieve y tendrá las mejillas sonrosadas como esta sangre. La llamaremos Blanca de Nieve.

El marido se puso muy contento y desde aquel instante esperó con impaciencia el gran día en que llegara aquella niña para alegrar el palacio, donde no había más que príncipes holgazanes, que solo pensaban en ir al bosque a cazar y en pelearse unos con otros, por ver quién heredaría la corona y el anillo de la realeza.



Por fin nació Blanca de Nieve, que resultó ser tan linda y tan graciosa como la habían esperado. Todos, incluso los hermanos, estaban encantados con ella. La querían y hasta se la disputaban para jugar. Pero pronto el padre se interpuso y casi les prohibió que se acercaran a su hermana. Y para que la respetaran decidió que sería ella la que llevara el anillo de la familia. Delante de toda la corte lo puso en aquel dedito, donde brilló en el momento en que la niña se lo llevaba a la boca, sonriendo de un modo especial, que se haría famoso, mientras todos se echaban a reír y aplaudían.

Pero, con el tiempo, no gustó a los hermanos que Blanca de Nieve se los saltara a todos en la sucesión al trono, máxime cuando apenas podían verla ni tocarla. De modo que las cosas empezaron a no ir tan bien en aquella familia. Los príncipes cada vez más se perdían en la espesura del bosque, se entregaban a sus francachelas, y ensayaban sus armas con cualquiera y por cualquier motivo.

Sucedió, además, que la reina enfermó gravemente y murió cuando ya Blanca de Nieve tenía trece años. Una gran tristeza se apoderó de toda la corte y al propio rey le afectó de un modo extraordinario aquella fatalidad. Se volvió huraño y se encerró en su cámara, donde solo aceptaba la compañía de su amada hija, que cada día era más hermosa, con su blanca tez y sus mejillas como rosas rojas. Y aquella sonrisa encantadora. En el colmo de esa especie de locura, un día el padre decretó la expulsión de la corte





de los siete hijos varones. Cuando Blanca de Nieve quiso intervenir, ya sus hermanos habían emprendido el camino del bosque.

Pero no paró ahí la extraña actitud del rey, sino que otro día ordenó que a su hija no la viese nadie, excepto él, y para ello la encerró en una habitación, donde ni siquiera entraba la luz del sol.

\* \* \*

En otro reino cercano, había una reina vanidosa y egoísta, que se consideraba la mujer más bella del mundo. Tan vanidosa, y tan celosa era de su propia hermosura, que ni siquiera había querido casarse, para que su belleza no se marchitara con embarazos y la crianza de niños. Para asegurarse de que nunca dejaría de ser la más guapa de todas las mujeres, había hecho tratos con una bruja hechicera, la cual le había entregado un espejo mágico, a cambio de que le consultara todos los asuntos de Estado. El espejo tenía varias cualidades que no poseía ningún otro del mundo, entre ellas el ser irrompible y responder siempre con verdad a las preguntas de la reina. Esta, todos los días, al levantarse, lo primero que hacía era mirarse en su especial confidente y preguntarle:

—Dime, dime, espejito, ¿quién es la mujer más linda de todas?



Y el espejo contestaba:

—Vos sois, majestad.

La reina entonces prorrumplía en una larga carcajada y se acariciaba a sí misma delante de aquella superficie pulida, donde para ella brillaba la verdad absoluta. Luego se pasaba horas y horas acicalándose, cambiando de peinado, de cosméticos, de ropa (sin duda, era la mujer que poseía el armario más completo del mundo); todo para volver a preguntar al espejo y escuchar una y otra vez la dulcísima respuesta:

—Vos sois, majestad.

Pero un día, en que volvió a preguntarle: «Dime, espejito, ¿quién es la mujer más linda de todas?», el espejo no contestó. De nuevo hizo ella la pregunta: «¿Dime, dime, espejito, quién es la mujer más linda de todas?», y el espejo continuó mudo. Enfadada con aquel silencio, insistió por tercera vez, casi como una orden colérica: «¡Dime, estúpido espejito!, ¿quién es la mujer más linda de todas?».

Solo entonces el espejo respondió:

—Aunque no le dé la luz del sol, Blanca de Nieve es más linda que vos.

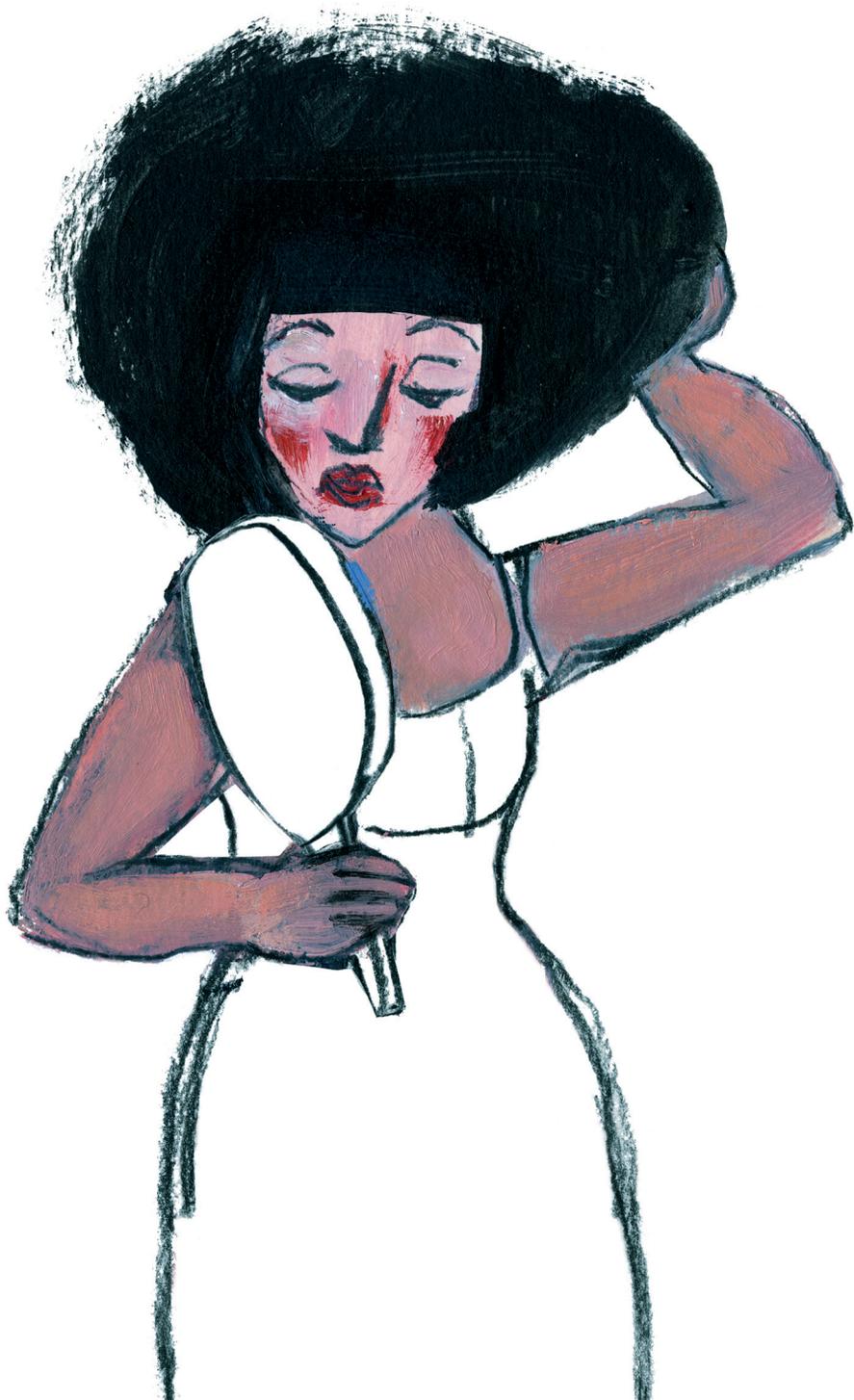
La reina se quedó estupefacta. Contuvo el aliento y con los ojos desorbitados, quiso cerciorarse primero:

—¿Cómo has dicho, imbécil?

Y el espejo repitió:

—Que aunque no le dé la luz del sol, Blanca de Nieve es más linda que vos.





—¡Cómo! —exclamó la reina vanidosa, ya en un puro grito—. ¿Y esa quién es?

Pero el espejo no dijo nada más, por mucho que la otra le preguntó e increpó. Cuando ya la reina se convenció de que el que había sido su aliado hasta aquel momento no añadiría ni una palabra más, lo agarró con mucha furia y lo tiró contra la pared. El marco se rompió en pedazos, pero, para su sorpresa, el cristal permaneció intacto. La reina apagó otro grito de sorpresa, dando un paso atrás, sin dejar de mirar aquel cristal que yacía en el suelo, como desafiante. Cuando pudo dominar la rabia que la devoraba, mandó llamar a la bruja inmediatamente. La consejera no tardó en llegar. Con su cara de mil arrugas y su voz quejumbrosa, quiso saber el motivo de tanta urgencia. Entonces la vanidosa le explicó lo que había ocurrido, señalándole el espejo, que seguía en el suelo.

—No debisteis desafiarlo, mi señora.

—¡Yo hago lo que se me antoja! —contestó la reina—. ¡Dime ahora mismo quién es esa Blanca de Nieve! —La bruja se quedó en suspenso, como temiendo responder—. ¡Vamos, dímelo!

En pocas palabras, la hechicera le contó la historia de Blanca de Nieve. La reina preguntó enseguida:

—¿Y ese rey loco, qué piensa hacer con ella? ¿Acaso se va a casar con su propia hija? —preguntó, y puso fin a sus palabras con otra de sus siniestras carcajadas.

—Espero que no. Pero sí que le convendría casarse —dijo la bruja, provocando en la reina un extraño sobresalto.

—¿Y con quién?

La bruja guardó silencio. Aprovechó que su soberana se sumergía en oscuros pensamientos, para recoger el espejo del suelo, diciendo:

—Recordad que él siempre os dirá la verdad, por muy cruel que sea. Y ocurra lo que ocurra.

La reina continuó concentrada en sus pensamientos. Tomó el espejo que la bruja le acercaba y fue a colocarlo con mucho cuidado encima de una consola.

—Está bien, espejito. Haré lo que tenga que hacer, hasta que me contestes de nuevo ¡lo que yo quiero oír!

\* \* \*

A los pocos días, el padre de Blanca de Nieve recibió una comitiva de aquel reino cercano. Un embajador muy ceremonioso le presentó las credenciales de su reina, la cual, según dijo, había oído referir de él las más grandes virtudes. Siendo el rey viudo y ella todavía soltera, y con justa fama de ser la mujer más bella del mundo, venía a proponérsela en matrimonio, al objeto de fortalecer ambos reinos. A continuación, le mostró un retrato al óleo de su señora. El rey pudo comprobar que, en efecto, era muy hermosa y que también poseía un raro atractivo. No le agradaba en demasía



aquella proposición, pero se quedó meditando y prometió contestar en cuanto reuniera a su Consejo.

El Consejo Real, compuesto por los hombres más sabios y prudentes del reino, conociendo las extravagancias del soberano, dictaminó la conveniencia de aquel enlace. Por múltiples motivos lo recomendaba, aunque no quiso ofender al monarca con el que más preocupaba a la corte: el desvarío en que habían entrado las relaciones con su hija, a la que tenía prácticamente secuestrada. Había que considerar el riesgo de que a esta pudiera ocurrirle lo peor, dado que el enclaustramiento había producido en ella una extrema debilidad, al no apetecerle ningún alimento y rechazar los cuidados que requería su situación.

Por otra parte, cada vez llegaban más noticias, y muy alarmantes, de que los siete hijos del rey habían emprendido en el bosque vida de salteadores, por lo que pronto serían perseguidos por la justicia. De modo que ya no se podía contar con ninguno de ellos. Todo, en fin, conducía a la conveniencia de aquel matrimonio, pues el reino debía asegurar su continuidad.

Tras mucho cavilar, y más que nada por la curiosidad de conocer a aquella reina, el rey consintió por fin en contraer matrimonio con ella. Y se prepararon y se hicieron unas bodas fastuosas de varios días de duración. De todas partes acudieron invitados y embajadores, con el secreto propósito de conocer a aquella extraña soberana,





